

pedirme informes de ti, impediré que te coloques dando á entender que me has robado, y diré que eres la criada más detestable del mundo.» Al día siguiente, á pesar de las amenazas de mi amo, vine á contar á mi padre lo que había pasado... quiso sacarme al momento de la casa... pero la cárcel... Desde la enfermedad de mi madre lo poco que ganaba era indispensable para el alimento de la familia... y los malos informes con que me había amenazado el señor Ferrán acaso me impedirían colocarme en otra parte.

— No hay duda — dijo Morel con profunda amargura — hemos tenido la debilidad, el ogoísmo de permitir que nuestra hija volviese á esa casa... ¡ Oh! ya os lo dije, señor; la miseria... la miseria... ¡ cuántas infamias hace cometer á un pobre!

— Pero, señor, ¿ no habéis procurado por todos los medios hallar esos mil y trescientos francos? ya veis que os ha sido imposible y que fué preciso resignarse.

— Anda, anda, sigue tu historia... Los tuyos han sido tus verdugos: somos más culpables que tú de la desgracia que te ha sucedido — dijo el lapidario ocultando el rostro con las manos.

— Cuando volví á ver á mi amo — continuó Luisa — observó conmigo la misma conducta áspera y dura que había tenido antes de la escena que os he referido: ni una palabra me habló de lo pasado. El ama de llaves siguió atormentándome, apenas me daba el alimento necesario, me guardaba el pan, y algunas veces por malignidad desmenuzaba y echaba á perder á mi vista los restos que me dejaban de la comida, porque ella casi siempre comía con Mr. Ferrán. Por la noche apenas dormía, temiendo á cada instante ver entrar al notario en mi cuarto, que no podía cerrar, pues me habían quitado la cómoda que arrimaba por las noches á la puerta, y sólo me habían dejado una silla, una mesita y un baúl, con los cuales me fortificaba lo mejor posible, y además dormía siempre vestida. Por algún tiempo no se metió conmigo, hasta tal punto que ni aun me miraba, de modo que empecé á creerme algo más segura, creyendo que ya no se acordaba de mí. Un domingo en que me permitió salir de casa, vine á dar á mi padre y á mi madre ésta buena noticia... y por cierto que se alegraron con ella tanto como yo... Padre, esto es lo que ya sabéis... Lo que ahora tengo que deciros... — y la voz de Luisa se alteró — es horrible, nunca me atreví á contároslo.

— ¡ Oh! ya sabía yo, sí, ya lo sabía que me ocultabas algún secreto, exclamó Morel con una especie de frenesí que Rodolfo se estremeció. — Tu mal color, tu cara, tu semblante... debieron haberme hecho despertar. Mil veces lo he dicho á tu madre... pero siempre buscaba alguna salida... ¡ Ahí esta ahora.. ahí esta el resultado! ¡ por librarnos de un tósigo, dejar á nuestra hija en poder de ese monstruo!... ¿ Y adónde nos la llevan ahora? al sitio de los criminales...

¡ Sí, ahí está!... pero también... en fin, ¿ quién sabe? Porque uno es pobre... pero también los otros... ¿ y los otros qué?...

— É interrumpiéndose como para coger el hilo de las ideas que se le escapaban, se dió un golpe en la frente y dijo: — ¡ Vamos, ya no sé lo que digo... me duele horriblemente la cabeza... parece que estoy borracho!...

Y echó las manos á la frente.

Rodolfo para impedir que Luisa se asustase al observar la incoherencia del lenguaje del lapidario, dijo con seriedad:

— No sois justo Morel: no sólo por ella misma, sino por su madre, por sus hermanos y por vos mismo, temía vuestra pobre mujer las funestas consecuencias que traería consigo la salida de Luisa de casa del notario. No culpéis á nadie... que caiga... todo el odio, todas las maldiciones sobre un solo hombre... sobre ese monstruo de hipocresía que puso á vuestra hija en la alternativa de deshonorarse ó de arruinarse... entre su deshonor, y la muerte acaso de su padre y de su familia... sobre ese infame que ha abusado de un modo tan criminal de sus facultades de amo... Pero tened paciencia, esperad, os lo repito, que la Providencia reserva muchas veces para el crimen venganzas horribles.

Había en las palabras de Rodolfo un sello tal de certeza y de convicción, por decirlo así, al hablar de esta venganza providencial, que Luisa le miró con sorpresa y casi con temor.

— Continúad, hija mía — le dijo Rodolfo; — no nos ocultéis nada... porque la verdad de lo que os ha sucedido tiene más importancia de lo que imagináis.

— Ya empezaba á vivir con menos temor — continuó Luisa — cuando una tarde Mr. Ferrán y el ama de llaves salieron cada uno por su lado, y como no comieron en casa estuve sola el resto del día. Dejéronme como de costumbre mi ración de agua, de pan y de vino, y bien cerradas todas las alhacenas. Luego que acabé mi labor me puse á comer, y como tenía miedo de estar sola, subí á mi cuarto después de haber encendido el quinqué de la habitación de Mr. Ferrán, porque tenía dada orden de que no se le aguardase cuando salía por la tarde. Entonces empecé á trabajar, pero el sueño, contra mi costumbre ordinaria, empezó á cerrarme poco á poco los ojos sin poderlo remediar... ¡ Ah! — exclamó Luisa mirando á su padre con temor — no me creeréis... diréis que miento... pero os juro sobre el cuerpo de mi hermana que es la pura verdad.

— Vamos, explicaos — dijo Rodolfo.

— ¡ Ah, señor! hace siete meses que procuro explicarme á mi misma lo que me pasó en aquella noche espantosa... y no puedo... hube de perder el juicio queriendo poner en claro este misterio.

— ¡ Jesús me valga! ¡ Dios mío! ¿ qué quieres decir, Luisa? — exclamó el lapidario saliendo de la especie de estupor en que por intervalos había estado desde el principio de la narración de su hija.

— Me había quedado dormida en la silla, contra mi costumbre... — repuso Luisa. — Es lo único y último de que me acuerdo. Antes... antes... ¡oh, padre mío! perdón!... ¡Os juro que no soy culpable!...

— ¡Sí, te creo... lo creo... pero habla!

— No sé cuanto tiempo estuve dormida, pero al fin desperté acostada en mi cuarto... y deshonrada por Mr. Ferrán, que estaba á mi lado...

— ¡Mientes!... ¡mientes!... — gritó el lapidario con furor. — Confésame que has cedido á la violencia! ¡al temor de verme ir á la cárcel!... pero no mientas así.

— Os lo juro, señor.

— ¡Mientes!... ¡mientes!... ¿Por qué me haría prender el notario, después que tú habías cedido?

— ¡Cedido! ¡oh, no, no he cedido! mi sueño fué tan profundo que estuve como muerta... Ya sé que os parece extraordinario, imposible... ya lo sé... Pero, ¡Dios mío! tampoco yo comprendo lo que me sucedió!

— Y yo lo comprendo muy bien — dijo Rodolfo interrumpiendo á Luisa — sólo faltaba á ese hombre un crimen de esa naturaleza... No acuséis de embustera á vuestra hija, Morel... Decidme, Luisa, ¿no habéis sentido al comer antes de subir á vuestro cuarto, un gusto extraño en lo que habéis bebido? Procurad traer á la memoria esa circunstancia.

Luisa reflexionó un momento y repuso:

— Me acuerdo en efecto que la mezcla de agua y vino que según costumbre me dejó la señora Serafina, amargaba un poco, cosa en que no paré entonces la atención, porque algunas veces el ama de llaves se divertía en echar sal y pimienta en mi bebida...

— ¿Y ese día os pareció amarga la bebida?

— Sí, señor, aunque no tanto que me impidiese beber; creí que el vino estaba algo avinagrado.

Morel, con la vista fija y asombrado, escuchaba las preguntas que Rodolfo dirigía á Luisa sin entenderlas al parecer.

— ¿No habéis sentido antes de quedaros dormida cierta pesadez en la cabeza y en las piernas?

— Sí, señor... y me acuerdo que me latían las sienes, tenía escalofríos y me sentía mala.

— ¡Oh, miserable! ¡infame!... exclamó Rodolfo. — Sabéis, Morel, lo que ese hombre ha hecho beber á vuestra hija?

El artesano miró á Rodolfo sin responderle.

— El ama de llaves, su cómplice, había mezclado en la bebida de Luisa un soporífico, opio sin duda, que paralizó las fuerzas y el conocimiento de vuestra

hija por algunas horas: y al volver en sí del letargo... se vió deshonrada.

— ¡Ah! sí, ahora comprendo mi desgracia — gritó Luisa: y dirigiéndose á su padre continuó: — Ya veis, señor, como soy menos culpable de lo que parecía. ¡Mi padre! ¡mi padre querido... respondedme!

La mirada del lapidario tenía una fijeza espantosa: su honrada sencillez le impedía concebir una perversidad tan horrible. Apenas comprendió esta funesta revelación, porque hacía algunos momentos que su juicio vacilaba, que sus ideas se oscurecían, y que había caído en ese anonadamiento, que es para la inteligencia lo que las tinieblas para la vista... Sintoma espantoso del extravío mental... Sin embargo, dijo con voz sorda, breve y precipitada:

— ¡Oh! sí, no hay duda... muy mal... muy mal...

Y volvió á sumergirse en su silencio. Rodolfo le miró conmovido y creyó que empezaba á mitigarse la energía de su indignación, como suele suceder cuando faltan las lágrimas para llorar un dolor repentino y violento. Á fin de terminar cuanto antes este triste coloquio, dijo á Luisa:

— Ánimo, hija mía, acabad de contarnos esos horrores.

— Lo que habéis oído, señor, no es nada todavía... Al ver á Mr. Ferrán junto á mí, di un grito de horror, y quise huir; pero me detuvo con todas sus fuerzas y como estaba débil y pesada, sin duda á causa del brevaje, no pude librarme de sus manos. « ¿Á qué fin huyes ahora? » me dijo Mr. Ferrán con un aire sobrecogido que me llenó de confusión. « ¿Que capricho es ese? ¿no estoy aquí por tu consentimiento? — « ¡Ah, señor! eso es una indignidad; » habéis abusado de mi sueño para perderme... Todo lo sabrá mi padre. » Mi amo soltó una risotada, y me dijo: « ¡Que he abusado de tu sueño, yo! sin duda te chanceas. ¿Y á quién harías creer esa mentira? Vaya un sueño pesado... son ya las cuatro de la mañana y estoy aquí desde las diez de la noche. Confiesa de una vez que no he hecho más que aprovecharme de tu buena voluntad, y no seas tan caprichosa, porque sino nos enfadaremos. Tu padre está en mi poder, y tú no debes ya huir de mí: sé complaciente, y habrá amistad entre los dos... ¡sino mira lo que haces! » — « ¡Todo se lo diré á mi padre! » volví á gritar; « él me vengará, si hay justicia en el mundo... » — M. Ferrán me miró sobrecogido, y dijo: « Pues, señor, no hay duda que está loca. ¿Y en resumidas cuentas, qué le dirás? ¿qué te dió la gana de dejarme estar á tu lado? Si tal le dices, ya verás con qué música te recibe... » Pero ¡Dios mío! eso no es verdad... Bien sabéis que estáis aquí contra mi gusto... » « ¡Contra tu gusto! ¿y tendrías la desvergüenza de sostener esa mentira y de decir que te he violentado? ¿Quieres una prueba de tu falsedad? pues mira; había mandado á mi cajero Germán que viniese ayer á las diez de la noche para acabar un trabajo urgente, y ha trabajado hasta la una de la noche en el cuarto que está debajo de éste. ¿Como sería posible que no hubiese oído tus gritos, y el ruido de una

lucha como la que he tenido abajo contigo el otro día, picarilla, cuando no estabas tan domesticada como hoy? Pues bien, para convencerte pregúntaselo



Di un grito de horror y quise huir, pero me detuvo.

á Germán, y verás como te dice que no ha sentido el menor ruido en la casa en toda la noche.»

— ¡Oh, ya había tomado todas las precauciones para asegurar su impunidad!

— dijo Rodolfo.

— Si, señor: y así es que me quedé tan aterrada, que ni una sola palabra pude responder á lo que me dijo. Como ignoraba que se hubiese valido de ningún breva para adormecerme, no podía explicarme á mi misma la tenacidad de aquel sueño. Todas las apariencias me condenaban; y si me quejaba todo el mundo me condenaría, porque aquella noche espantosa era un misterio impenetrable á mis propios ojos.

X

EL CRIMEN

Rodolfo quedó aterrado al hacerse cargo de la horrenda hipocresía de Mr. Ferrán.

— ¿De modo — dijo á Luisa — que no os habéis atrevido á decir á vuestro padre el odioso atentado del notario?

— No, señor: me hubiera creído cómplice de Mr. Ferrán; y además temía yo que mi padre, dejándose llevar de su cólera, se olvidase de que su libertad y la subsistencia de nuestra familia dependían de mi amo.

— Y probablemente — dijo Rodolfo para evitar á Luisa una parte de su dolorosa confesión — cediendo al temor de perder á vuestro padre negándoos á complacer al notario, habéis continuado siendo la víctima de ese infame.

Luisa bajó la vista y se cubrió de rubor.

— No, señor: mi amo, á fin de alejar toda sospecha, cuando alguna vez comían con él el cura de Bonne-Nouvelle y su capellán, me trataba con mucha aspereza delante de ellos; pedía al señor cura que me amonestase, y le decía que tarde ó temprano llegaría á perderme, que tenía modales demasiado libres con los escribientes, que era una holgazana, y que sólo me tenía en su casa por caridad y por favorecer á un honrado padre de familia á quien había hecho ya otros servicios... Todo esto era una pura falsedad, excepto el servicio que había hecho á mi padre; porque yo no veía á los escribientes, que trabajaban en un tramo de la casa separado del nuestro.

— ¿Cómo explicaba Mr. Ferrán su conducta delante del cura cuando os hallabais sola con él?

— Me decía que era por chancearse... Pero el cura tomaba seriamente estas acusaciones, y me reprendía con severidad, diciéndome que debía ser muy mala y muy viciosa para pervertirme de aquella manera en casa tan santa y rodeada de personas tan ejemplares y religiosas.

Á esto nada tenía que responder; bajaba la cabeza, me ruborizaba, y mi silencio y mi confusión eran una prueba contra mi inocencia. La vida llegó á serme tan pesada, que algunas veces he pensado en ponerla fin; pero me